

—No sé lo que deciros, pero esto de oír anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, ya reía como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirigióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitación del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.



ALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechón de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.

Ninguna de estas observaciones quiso comunicar á D. José, porque viendo á este tan preocupado, con razon temió que se hubiera ofendido al saber que habia sido víctima de una pueril credulidad.

Una sospecha vino á herir á D. Fernando; le pareció á fuerza de esforzar su memoria que habia recordado á quién pertenecia aquella voz, y con el objeto de salir de aquella duda volvió á la casa del astrólogo.

Penetró en ella con mas confianza; hizo seña al esclavo negro y volvió á encontrarse frente á frente del finjido anciano.

—¿Qué quereis jóven? preguntó el viejo adelantándose á su encuentro majestuosamente.

En este instante Valenzuela sintió la certidumbre de lo que habia sido para él una sospecha y lanzándose sobre el astrólogo de un jalon le arrancó la barba exclamando:

—Eres D. Antonio de Benavides.

Benavides, pues era él, retrocedió, sorprendido al principio, y luego echó mano de una rica daga que llevaba en el cinto y se arrojó sobre D. Fernando.

El jóven esperaba ya el ataque, y á pié firme con el estoque en la mano recibió á su enfurecido adversario.

—Tente, D. Antonio—decia con calma Valenzuela—que no quiera Dios nuestro señor que llegue yo ha herirte por causa que tanto no merece.—Tente, te ruego.

—¿Leve causa te parece?—dijo Benavides, conteniéndose mas que por las razones por el estoque de Valenzuela—¿leve causa te parece cuando has puesto tu mano en mi faz?

—Perdóname, que ignoraba que fuera faz esa finjida barba conque te ocultabas.

—Tanto da.

—Sosiégate y hablemos, que si tu faz he tocado, que lo niego, hazme burlado con el horóscopo, y no solo á mí sino á muchos de los principales de la corte,—y no andarian tarde en vengarse si lo supieran, que secretos debes haber descubierto, mas que un confesor que no estarán seguros mientras tengas la lengua dentro de la boca.

—Por lo mismo debes de calcular que de morir tiene aquí uno de nosotros, ó tú para que nadie sepa lo que aquí ha pasado, ó ya para que aun en el caso de sabido, en nada me corra perjuicio.

—Sea como lo deseas—contestó Valenzuela—que mas insistir, prueba fuera de mi debilidad y no de mi prudencia; pero debo advertirte que no gusto llevar ventaja; quitar puedes esa túnica que estorba los libres movimientos, y tomar un estoque que las armas, iguales, parecen argüir nobleza en el combate.

—Es razon—dijo Benavides, y con gran precipitacion se quitó la túnica quedando solo con calzas, gregüesco y una especie de almilla lijera.

Tomó luego una espada que en uno de los ángulos del aposento habia, y desnudándola se adelantó garbosamente contra D. Fernando.

Las dos espadas se tocaron, comenzó el combate.

La luz de la lámpara bañaba á los dos adversarios.

Benavides atacaba con furor, Valenzuela con la mayor sangre fria, estaba solo á la defensiva, sin tirar golpe y sin aprovecharse de los muchos descuidos de su contrario.

Benavides estaba fatigado y comenzaba á padecer, cuando una puerta secreta que habia en el aposento se abrió repentinamente.

Benavides y D. Fernando volvieron el rostro, y la seve-

ra figura del padre Nitardo, destacándose sobre el claro de la puerta, los hizo bajar los estoques y quedar inmóviles.

El padre Nitardo silenciosamente se dirigió á la entrada que comunicaba el aposento; con el que ocupaba el esclavo negro, cerró la puerta, corrió un gran cerrojo y vino á pararse en medio de los dos jóvenes que le miraron con asombro.

—¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita.

D. Fernando y Benavides obedecieron sin replicar.

—Soldados de la misma bandera—continuó el padre—servidores de la misma causa, trabajadores de la misma viña, ¿osais hacer armas el uno contra el otro?

Valenzuela como mas audaz, quiso contestar.

—Señor....

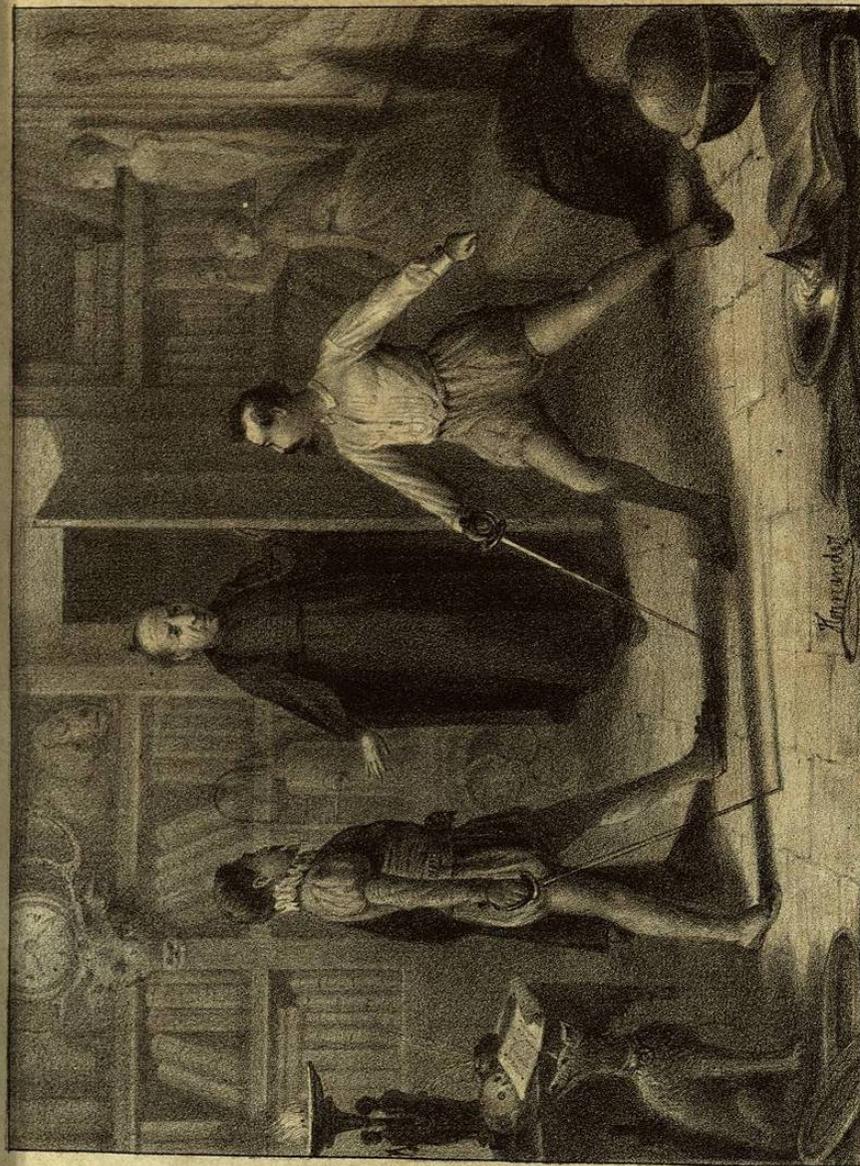
—Callad—dijo el padre—atentais el uno contra la vida del otro y esas vidas pertenecen á Su Majestad, y la muerte de alguno de vosotros seria además de un homicidio un robo hecho á la reina Nuestra señora.... Nada quiero saber de lo que aquí ha pasado; pero os prohibo en lo adelante volver á reñir.

—Sí, señor—murmuraron los dos jóvenes, subyugados por la autoridad de aquel hombre.

—D. Antonio de Benavides—mirad en D. Fernando de Valenzuela, un hombre á quien debeis ayudar en todo. Es ya uno de los brazos mas fuertes de la causa de S. M. y debemos sacrificar en esa causa nuestros afectos y nuestros rencores.

—Ningun rencor guardo á D. Fernando—dijo Benavides.

—Ni yo á D. Antonio—agregó Valenzuela tendiéndole una mano.



¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita. Pág. 34.

D. Antonio la estrechó con franqueza.

—Bien, hijos míos—dijo el padre Nitardo—ahora quiero hablar á solas con Valenzuela, esperadme afuera un momento, D. Antonio.

Valenzuela y el padre Nitardo quedaron solos.

—¿Conocíais de antemano á Benavides?—preguntó el jesuita.

—Sí, señor—contestó Valenzuela—conocíle de niño en Ronda y hemos tenido grande amistad.

—Bien—¿qué habeis hecho respecto á mis instrucciones?

—Señor, he logrado estrechar mis relaciones con D. José de Mallades que me presentará mañana mismo en la corte?

—Y es natural que os haya preguntado qué deseais pretender ¿qué le habeis dicho?

—Preguntóme eso precisamente y contestéle que empresa de amores me llevaba, porque prendádome habia una dama de la corte, que en los bandos políticos no queria mezclarme, porque los poetas no somos á propósito para ello, que la mucha imaginacion nos hace caer en peligrosos estremos.

—¿Y no os preguntó (que sí debe haberlo hecho,) quién era esa dama?

—Sí, señor.

—¿Y qué dijisteis?

—Encontréme embarazado para contestarle que apenas conozco á las damas, si no es á D^a Laura, de quien él está apasionado, mas para salir airoso del lance lamenté mi desgracia de no conocer el nombre de la dama á quien yo queria servir, y dile unas señas de ella, que convinieron con las de una señora que él dijo llamarse D^a Eujenia.

—Todo es providencial.—Es preciso llevar adelante ese

dicho, D^a Eujenia estará avisada ya desde mañana, podeis galantearla para que toda la corte crea que ese es el objeto que os lleva; ella se mostrará favorable, para que todos se engañen si os miran hablar á solas, con ella podeis enviarme á decir cuanto creais importante, y ella os dirá de mi parte cuanto fuere necesario: D^a Eujenia es dama de mucho valimiento con S. M.; así tenderemos una red en palacio de la que ni una sola de las maquinaciones de nuestros enemigos pueda escapar.—¿Habeis comprendido?

—Sí, señor.

—Procurad que nadie comprenda que habeis hablado conmigo y sobre todo que nadie conozca que os guia á la corte mas interés que el amor de D^a Eujenia.

—Comprendo, señor.

—D. Antonio de Benavides, es la otra persona con quien debeis estar en contacto: debeis tener necesidad de dinero para sostener vuestra representacion en palacio; pedid á Benavides cuanto necesiteis, además de lo que él os de por orden mia, y si algo urgente quereis comunicarme, en una hora extraordinaria, dirijíos á él.

—Muy bien, señor.

—Ahora, adios.

El padre Nitardo se levantó, y salió por la puertecilla escusada, dejando á Valenzuela hundido en un mar de reflexiones.

Pasó así un largo rato hasta que sintió que le tocaban el hombro.

Alzó el rostro y vió á Benavides.

—¿Y bien?—dijo éste—¿estás triste?

—No—contestó D. Fernando.

—S. E. me ha dicho que te entregue el dinero que pidas

creo pues que estás en carrera y que no te engañé con lo del horóscopo.

—Efectivamente, mi porvenir parece aclarar, pero héme aquí que tengo orden de enamorarme de D^a Eujenia.....

—Real moza, aunque extranjera; te doy el parabien. Que fortunas como esas no se encuentran á cada dia.

—Pero tú comprendes, que eso de enamorar por orden del inquisidor jeneral es una cosa extraña, solo por eso creo que D^a Eujenia me va á parecer detestable.

—O quizá á interesarte deveras.

—Mas me valiera, pero lo dudo: supongo que será una comedia muy larga y muy fastidiosa, y ella y yo desempeñaremos nuestros papeles con tanto fastidio como deseo de que se corra la cortina en el último acto.

—Esa es la corte, todo comedia, en la que cada uno no representa lo que quiere, sino lo que mas conviene á los de arriba: eso te esplica por qué soy astrólogo.

—¿Es verdad?

—Héteme aquí dando talismanes y amuletos, y diciendo el porvenir, en cambio de secretos de amores y de política que algunas veces se aprovechan y otras no, pero que sabe S. E. noche con noche.

—¿Viene él aquí siempre?

—Algunas veces, pero dóile yo cuenta de todo.

—Curiosa historia: sin embargo, debes tú de conocer algunos secretos de la astrolojía judiciaria, pues tan bien haces tu papel, y dices cosas que propias son de májicos y de hechiceros.

—Tiéneme, prestado un libro el reverendo padre Nitardo, en el que leo y aprendo palabras y fórmulas para decir á los incautos, y es todo.

—Admirablemente, los dos entramos viento en popa en el mar de la fortuna: Dios nos ayude.

—Sí, con la diferencia que tú eres piloto, cuando menos, y yo no paso de grumete.

—Hágame Dios siquiera vice-almirante que tú no dejarás entonces de mandar cuando menos una fragata.

—Amen.

—Voime, que la noche corre de prisa—dijo D. Fernando calándose su ancho sombrero, y dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado.

—Por aquí mejor—dijo Valenzuela mostrándole la puerta escusada—tú eres de la casa y para tí no hay secretos.

Y diciendo esto guió á Valenzuela al través de algunos aposentos, le hizo atravesar otro patio, abrió una puertecilla, y D. Fernando se encontró en la calle que pasaba á la espalda de la casa.

—Dios te guarde—dijo, y embozandose hasta los ojos se alejó precipitadamente.

V.

De cómo la hija del marqués de Rio-florido, se enamoró de D. Fernando de Valenzuela.

 O se hablaba entre las damas de la corte de otra cosa que de un jóven que habia presentado D. José de Mallades, y que se llamaba D. Fernando de Valenzuela.

Poeta, rico, de una figura arrogante, esta era la descripcion compendiada que de él se daba.

Las nitardinas creian ya contarle entre los partidarios del valido, porque muy por lo bajo se susurraba que D. Fernando "servia" á D^a Eujenia.

Las austriacas creian fácil su conquista, porque era el amigo de D. José de Mallades, ardiente partidario del príncipe.

Unas y otras lo calculaban hombre de importancia en política y en amores y unas y otras comenzaron á tenderle sus redes.

Habia entre las damas que seguian el partido del príncipe una jóven de extraordinaria hermosura, D^a Inés, hija del marqués de Rio-florido, que era de oríjen mexicano.